

La Oveja Cencerra

Érase una vez que se era, un Macizo alto y escarpado, cubierto por un pinar con pinos de fuertes troncos. Eran tan fuertes, que los fueron cortando para usarlos como leña o madera para construir. Y poco a poco, aquel macizo que de Amurga se llamaba, se fue quedando sin pinos. Los troncos eran arrastrados desde lo alto de las montañas por burros, y en alguna ocasión también por camellos, hasta llevarlos al pueblo de Agüimes. Eran tantos los viajes que tenían que dar para trasladar la madera, que de tanto subir y bajar, se formó un camino. Al que le pusieron de nombre el Camino de la madera.

—¿Te acuerdas Bermejo? —dijo el camello Mohino. —Aquella zafra que nos contrataron para llevar la leña al ingenio azucarero de Agüimes. —Sí que me acuerdo, del macizo de Amurga a pueblo por el camino de la madera ¡cuántos viajes hicimos! Subiendo y bajando, subiendo y bajando. Aquella zafra del 76, hicimos buenos amigos. —Recuerdo aquella noche de verano, después de un caluroso día de trabajo, se nos acercaron burro Pancho y burro Marcelino, para conversar un rato y hacernos compañía.

Eran dos hermanos empáticos, siempre estaban atentos por si necesitábamos algo. Querían que nos sintiéramos acogidos e integrados en el grupo.

Ellos nos presentaron a su amiga la oveja cencerra. Ella era diferente, no sólo por su color, sino por su forma de ser. Cencerra no iba con el rebaño, prefería ir por los alrededores, curioseando, investigando, y hablando con todo el que se encontraba. Ella quería saber un poco de todo, y preguntaba mucho. Además, siempre tenía una sonrisa en la cara, y una palabra amable que decirte. Era agradable estar con ella. Un día se salió del camino, y vio como estaba un conejo escondido detrás de unos balos, los arbustos que estaban a lo largo del camino. A medida que se acercaba, él se iba poniendo más nervioso y tembloroso. El sonido del cencerro lo asustaba, y se tapó las orejas. Cuando la oveja se paró a su lado, el cencerro dejó de sonar, y el conejo muy despacio, fue quitando las manos de sus orejas.

—¿Qué te pasa conejo?, ¿por qué estás aquí escondido? — Tengo miedo, me asusta ese sonido que sale de tu cuello. —Ah ¿esto?, es un cencerro. Me lo ponen para localizarme, por si me pierdo cuando me salgo del rebaño. Pero yo sé, que, si no pierdo de vista el camino, no me voy a perder, puedo moverme por donde quiera, y sé que al otro lado está mi rebaño. Como ves, no es nada malo, sólo es un poco ruidoso. —Ahora que me lo has explicado entiendo, la próxima vez que lo oiga, sabré que eres tú quien anda cerca. —Eso es. A veces tenemos miedo a cosas, porque no sabemos que hay detrás, pero cuando tenemos información el miedo desaparece. Por eso a mí me gusta preguntar tanto, y sobre todo cuando siento miedo por algo, lo digo para que me expliquen y me puedan ayudar. —Gracias Oveja Cencerra, ¿puedo acompañarte? Me gustaría seguir aprendiendo cosas contigo. —Por supuesto Conejo. ¿Sabes?, a veces sueño con ir a un colegio para aprender muchas cosas. ¿Te imaginas que en esta zona construyan un colegio? Sueño con un colegio en el que respeten tu manera de ser, te ayuden a descubrir tus capacidades, te dejen expresarte libremente, que no nos comparen, que acepten las diferencias de cada uno y nos motiven a ser personas pensantes, alegres, positivas y felices. —¡Ay si la Oveja Cencerra estuviera hoy por aquí! La alegría que se iba a llevar al ver que su sueño se hizo realidad—dijo el camino, mientras recordaba la conversación entre la oveja y el conejo. —Y es que, en el Camino

de la Madera se construyó un colegio que lleva ese nombre. No es un colegio cualquiera. Es un colegio que tiene una energía especial. Cuando entras te sientes como en casa. Yo creo que está inspirado por el espíritu de la Oveja Cencerra. Por eso es un colegio diferente, agradable, en el que valoran el trabajo de los demás.

Yo me siento valorado, tenido en cuenta, ha sido un detalle que me hayan elegido como mascota del colegio. Siento así que están honrando mi presencia. A mí me llaman Caminito, y estoy encantado de convivir cada día con personas maravillosas, que vienen a aprender, a compartir con alegría, como quería hacerlo la Oveja Cencerra. Y es que el camino de mi cole es un Camino con historia, no es un camino cualquiera. Y colorín colorado, este cuento de mi cole se ha terminado.